

ISABEL RÁBAGO

# LA CORTESANA FIEL

El arte de la seducción  
es la llave del poder



  
ESPASA

ISABEL RÁBAGO  
LA CORTESANA FIEL

© Isabel Rábago, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.073-2022  
ISBN: 978-84-670-6544-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

## En el Museo del Prado

Al menos una vez al mes se perdía entre los salones del Museo del Prado. Aquella mañana, aprovechando que había mucha actividad parlamentaria y su jefe estaría ocupado hasta última hora de la noche, decidió ir a visitar la nueva exposición que durante semanas llevaba anunciando el Departamento de Comunicación del Prado: *Las pasiones de Venecia*. La joven y atractiva asesora siempre escogía perderse a primera hora de la mañana cuando las sesiones parlamentarias ya habían comenzado. La agenda estaba más que despachada y el trabajo duro con la prensa era labor de los cientos de asesores que intentaban esquivar las preguntas de los periodistas que pululaban en busca del titular de la semana por los diferentes despachos del Congreso de los Diputados. Mientras, en aquella ciudad ya despierta, los ciudadanos de a pie, ajenos a la actividad política de sus líderes, acudía a sus trabajos como autómatas, y los turistas aún no se aglomeraban en largas colas para quedar sorprendidos con los tesoros de la mayor pinacoteca del mundo.

A esas citas en solitario, Sara acudía siempre cómoda. Dejaba sus elevados tacones en el despacho del grupo parlamentario, se calzaba sus cómodas zapatillas de deporte y, mientras bajaba la Carrera de San Jerónimo, se conectaba a

las somnolientas tertulias radiofónicas de la mañana con su *latte* descafeinado templado en la mano. La esbelta asesora disfrutaba con aquellos momentos que calificaba de únicos. Le encantaba su ciudad, el bullicio y las posibilidades que ofrecía de perderse en auténticos oasis de arte y cultura que la transportaban a siglos anteriores, haciéndole olvidar lo caótica que se había vuelto su vida en los últimos meses. Los analistas políticos estaban en ese momento intentando interpretar qué había querido decir, qué había realmente detrás de las palabras del presidente de su partido cuando había anunciado al inicio de la sesión que aquellos serían «los últimos presupuestos por los que lucharé...». Unas declaraciones inesperadas para Sara, quien a pesar de ser consciente del terremoto político que iba a suponer semejante declaración, no estaba dispuesta a faltar a su cita con el Prado.

Se concentró en el análisis de aquellos colaboradores radiofónicos que, en su mayoría, se afanaban en repetir y en hacer suyos los argumentarios que minutos antes les habían proporcionado los partidos políticos afines, esperando quizás un mensaje de reconocimiento o, quién sabe, la oferta de un trabajo bien regado con dinero público en cualquiera de las formaciones. Muy experto no debía de ser el que llegara a la conclusión de que aquel hombre, que durante varias décadas había sido el líder referente de la organización política más relevante de la vida democrática de la nación, lo que estaba anunciando de manera velada era su retirada de la vida pública. Un anuncio que nadie esperaba, ni tan siquiera los mirlos blancos de su propia organización, quienes aguardaban en la sombra ese ansiado momento ocultando sus aspiraciones a ocupar ese lugar tan privilegiado.

Lo cierto es que el teléfono de Sara no había dejado de sonar desde que se hicieron públicas aquellas palabras, pero ella optó por seguir con el plan de la mañana que había dibu-

jado días antes. Así que puso su móvil en modo avión y continuó bajando San Jerónimo hasta que su vista descubrió en la plaza de Cánovas del Castillo la imponente imagen de Neptuno. Sara disfrutaba observando mientras se acercaba a aquel dios que se presentaba con una culebra enroscada en su mano derecha mientras que sujeta con fuerza y rotundidad el tridente en la izquierda. Era poderoso, desafiante, lucía un cuerpo perfecto, un dios barbudo, de cierta edad, erigido sobre un carro tirado por dos caballos marinos. Así era Neptuno. Una divinidad que protegía de futuras tempestades a la capital del país. Sara continuó con su recorrido, giró a mano derecha hasta la entrada del museo, presidida por la figura de uno de los grandes, sino el más grande, Francisco de Goya, excepcionalmente esculpido de cuerpo entero por Mariano Benlliure y Gil.

Una vez pasado el control de seguridad se adentró en aquella exposición que desprendía color y vida por los cuatro costados. Ante ella las obras de Tiziano, Paolo Veronese, Tintoretto... Los artistas consentidos de la República Serenísima se desplegaron en una de las exposiciones más ambiciosas del Prado en los últimos años. Para albergar aquellas obras de arte prestadas por otros museos y colecciones privadas, el museo había reservado una de sus mejores ubicaciones para que los visitantes quedaran extasiados nada más entrar con la imponente imagen de *La Venus de Urbino*. Sara quedó prendada de la mirada de aquella mujer que desprendía erotismo, elegancia y timidez a partes iguales. El máximo exponente de la pintura veneciana, Tiziano, supo retratar de una forma privilegiada a aquella hermosa mujer, la diosa del amor, recostada, desnuda y con mirada desafiante. Todo en ella hipnotizaba; su desnudez, sus formas corporales, el color de su piel, su descaro, su perfecto peinado y las joyas con las que se mostraba.

Una mujer de nuevo desarropada, perfectamente peinada, adornada con perlas en sus cabellos y su cuello, era la protagonista indiscutible del siguiente cuadro que pasmó a Sara, *Marte y Venus unidos por Amor*, de Paolo Veronese, el Veronés. Un cuadro que la impresionó sin ser capaz de develar el motivo real. Encendió su autoguía y se dejó ilustrar por una sugerente voz que explicaba que era la representación de la infidelidad de la diosa Venus, esposa de Vulcano, con el hermoso Marte, dios de la guerra. La infidelidad fue descubierta por Apolo, que rápidamente informó a Vulcano, quien decidió tejer una red para descubrir dicha traición ante el resto de los dioses. Mientras escuchaba, Sara entendió por qué aquel cuadro le había llamado tanto la atención. La infidelidad, algo presente en su vida desde hacía tan solo unos meses y que había descolocado por completo su existencia. Sara decidió volver a aislarse de la realidad para perderse de nuevo en aquella Venecia que tanto la estaba fascinando. Quería saber qué mujer en la Italia del siglo XVI se ofrecía a mostrar todos sus encantos de forma tan descarada.

La impudicia de aquellas obras colisionaba con los retratos de damas venecianas de la alta sociedad que se alternaban y compartían pasillo y sala en el museo. A diferencia de las anteriores mujeres, que mostraban sus cuerpos desnudos sin vergüenza ni decencia, en estos las figuras femeninas estaban perfectamente escondidas bajo ricos vestidos, capas, regias telas, colores y escotes mucho más discretos y decorosos. Llamó la atención de Sara que, a pesar de ser damas y señoras de Venecia bien situadas y casadas con grandes fortunas, no exhibían las joyas que sí hacían las anteriores y descaradas protagonistas.

Su vista se desvió para centrarse en *Venus y Adonis*, concretamente en el cuerpo de la diosa que adivina la muerte

de su amante en su próxima cacería. Aquella mujer tenía la piel clara, las mejillas sonrojadas, dibujada con la sensibilidad y la belleza única con que las mujeres de Venecia eran retratadas por el Veronés. Ellas parecían diosas y todas guardaban cierto parecido entre sí. Seductoras, provocadoras, de exultante belleza, no temían posar desnudas ante las firmas más reputadas del Véneto por entonces. De nuevo, el pelo perfectamente recogido adornado con joyas, en concreto, perlas, las mismas con las que emperifollaban sus cuellos y muñecas, describía un tipo de mujeres muy alejadas de las regias damas retratadas con el decoro que correspondía a su linaje.

Sara continuaba absorta en aquellas obras donde aparecían dos estilos de mujer tan diversos cuando sus pasos la llevaron a un pasillo que anunciaba una nueva sala, y allí, en la pared del fondo, fue donde la descubrió.

El pequeño retrato la cautivó, la evadió del resto de los visitantes que junto a ella estaban adentrándose en aquella estancia. Le causó una sensación que ninguna otra representación había conseguido, fue un auténtico flechazo. Con paso firme se situó frente a él sin importarle que su posición dificultase la visión al resto de los visitantes.

Se trataba de una mujer retratada con gran delicadeza por Tintoretto. En su expresión tenía algo aristocrático; su rostro, pintado en tonos claros, desprendía una sensualidad, elegancia y belleza muy difíciles de describir. Vestida con ropas ricas, adornada con impresionantes perlas en pelo y cuello, giraba la cara, evitando mirar al autor como si la timidez la hubiese invadido a la hora de mostrar sus pechos. Un gesto erótico, provocador, impropio de una alta dama de Venecia. Sin embargo, su piel blanca, cuidada, su finura y elegancia, hizo pensar a Sara que se trataba de una gran señora de la ciudad de los canales. Así que tras varios minutos observando

de manera íntima aquel retrato, decidió dejarse ilustrar de nuevo por su autoguía para conocer la identidad de aquella mujer, si es que realmente había existido.

Se trataba de *Dama descubriendo el seno*. La voz le indicaba que durante un tiempo se atribuyó la autoría de aquel retrato a Jacopo Comin, Tintoretto, pero siglos más tarde varias voces señalaron a Domenico, su hijo, como el verdadero autor. Un cambio de atribución complejo dado que este último había comenzado a trabajar como aprendiz de su padre y la diferencia en el trazo y la maestría de la pincelada apenas se notaban. La didáctica voz describía a la perfección a aquella mujer en la que algunos también habían querido ver a la hija de Jacopo retratada por la finura de su padre, mientras que era, realmente, el rostro de la «cortesana honesta» más codiciada y cotizada de todo el Véneto, Veronica Franco. Sara desconocía el significado de aquel apelativo, pero intuyó que se trataba de una mujer con una relación suficientemente íntima con el autor como para regalarle aquel momento que había pasado a la historia en una de las mejores obras de la Escuela de Venecia. La asesora había dejado de escuchar a su autoguía, había algo en aquel retrato que la llevó al convencimiento de que solo Jacopo Comin Tintoretto, y no su hijo, podría haber retratado a aquella maravillosa mujer. Sara no fue capaz de calcular el tiempo que había pasado frente a aquel lienzo, el éxtasis que le producía aquella imagen no lo había conseguido hasta ese momento ninguna otra obra. Y así se encontraba cuando la jefa de vigilancia de la sala se acercó a ella.

—Hipnotiza, ¿verdad? Es sin duda mi obra favorita de la exposición.

Sara aprovechó la presencia de la mujer para resolver alguna de las dudas que tenía desde que se había inmerso en la exposición.

—Dicen que se trata del retrato de Veronica Franco, una... Espera a ver si recuerdo como la han llamado... ¿Una cortesana dispuesta?

La vigilante de sala sonrió mientras observaba la cara de asombro de aquella guapa mujer.

—«Cortesana honesta», *cortigiane oneste* en italiano. Cualquiera lo traduciría como una prostituta de alto *standing* para aquella época. Pero ¡qué va! Las cortesanas honestas eran mucho más que eso. Eran únicas. ¿Se ha fijado en que casi todos los cuerpos desnudos de las obras se parecen en sus peinados, en sus adornos, en las joyas, mientras que las damas de la alta sociedad son mucho más recatadas? Esas figuras descaradas que convertían en seres mitológicos los grandes retratistas de la Escuela de Venecia eran las cortesanas honestas más famosas de Italia. Mujeres excepcionales que, además de satisfacer los deseos sexuales de los autores, posaban para ellos, quedando inmortalizadas para el resto de sus días. Eran cultas, poderosas...

La conversación se vio interrumpida por un aviso en el *walkie-talkie* de la vigilante, advertida de que un turista no dejaba de hacerse selfis en los salones contiguos. Y así, disculpándose, se despidió de una Sara en cuya cabeza sonaba con insistencia el nombre de Veronica Franco. ¿Quién era esa mujer y por qué era la más codiciada y cotizada de Venecia? ¿Por qué se les llamaba cortesanas «honestas»?

Sara se perdió una vez más ante aquel hermoso retrato antes de mirar el reloj y darse cuenta de que se había excedido en su escapada. Volvió sobre sus pasos para poner fin a aquella fascinante visita por el arte veneciano. Durante el camino de regreso no dejaba de pensar en aquel retrato ni en aquella mujer hermosa, elegante, descarada y codiciada en la Venecia del siglo xvi. Así que se propuso investigar algo más sobre aquella fémica y sus compañeras de profesión.

Tardó poco en regresar al Congreso. Al entrar, discreta como siempre, no pudo evitar que los plumillas que mero-deaban por los pasillos en busca de información la abordaran para saber si su jefe iba a dar algún tipo de declaración. Sara sonreía y con un «luego nos vemos, chicos» despachaba como podía la demanda de información de los periodistas parlamentarios ante el anuncio de la retirada de la política del presidente de su partido. Y así, sorteando las preguntas incómodas y casi sin darse cuenta, llegó al despacho de su jefe, Pelayo, a quien situaba en aquellos momentos en alguna de esas comisiones aburridas que presidía. Pero, nada más entrar, alguien a su espalda cerró la puerta de golpe, la agarró y comenzó a besarla, a desnudarla sobre la mesa del despacho. Sara, divertida, no necesitó darse la vuelta para comprobar que se trataba de su jefe, el hombre con el que mantenía una aventura amorosa desde hacía meses. Pelayo era uno de los mirlos blancos del partido, su portavoz en el Congreso, casado con Laura, una estupenda mujer con la que actualmente tenía dos pequeños. Pero nada de eso había impedido que empezara aquella historia entre ambos. Pelayo estaba realmente excitado y susurró al oído de su amante:

—Sara, el jefe quiere retirarse y yo siento que este es mi momento.

Ella, lejos de calmar la pasión desbocada de su amante, se incorporó, cerró con llave, y juntos dieron allí rienda suelta a su pasión sin importarles que se encontraban en uno de los despachos de la cámara de representantes elegida directamente por los ciudadanos españoles.